

entrecruzamiento ocasional de las distintas anécdotas resulte forzado o chocante.

Evidentemente existe en el tratamiento del tema erótico una deliberada superficialidad. Pero esa es justamente otra de las componentes necesarias del tipo específico de producción comercial en que se sitúa el film. "La cigarra" no se propone el planteo de enjundiosos y avanzados conceptos sobre las relaciones entre el hombre y la mujer. Por el contrario su "moraleja", por así llamarla, no podía ser más simple y convencional: sólo existe el amor verdadero y perdurable dentro de la respetable institución matrimonial. Cualquier otro tipo de relación no resiste un enfrentamiento continuado de cuarenta días. Las pequeñas audacias de "La cigarra" son mucho más inofensivas e ingenuas, y no van más allá de alguno que otro plano más o menos sugerente.

Paralelamente encontramos cierto buen gusto, cierta elegancia y mesura en el tratamiento del tema que con frecuencia no se tiene lo bastante en cuenta en este tipo de producción.

Por supuesto pueden anotarse errores

parciales como la intempestiva interrupción de la mujer del industrial, o el tono de ingenuidad casi ridícula dada al episodio de los novios que remata en un final increíblemente absurdo, o el carácter poco convincente de personajes como el músico jubilado. Pero frente a estas deficiencias encontramos un humor sostenido y oportuno, y un elenco amplísimo, de vasta resonancia popular, que actúa en todos los casos con elogiabile mesura y eficacia.

El balance total del film nos revela una comedia intrascendente, pero grata y amena, que consigue divertir con recursos legítimos aunque algo primarios y elementales. Revela también hasta qué punto, para construir un éxito comercial es necesario tener la capacidad de calibrar los gustos y predilecciones del público medio, para reunir y estructurar con solidez y coherencia los elementos de mayor atracción en un film que resulte "potable". El lograr eso es signo ya de un oficio seguro, de artesanía, de habilidad técnica, todo lo cual implica talento, aunque de índole eminentemente comercial. Y aunque poco tenga que ver con el arte que es el cine. ♦

teatro

notas de teatro

• JUAN CARLOS BRIE

EL SEDUCTOR

DIEGO FABBRI ("Proceso a Jesús"; "Vigilia de Armas") es un autor que busca la polémica. Aunque sus obras no han sido nunca un modelo de construcción teatral, han merecido, en general, el beneplácito del público, precisamente por el carácter señalado al comienzo. Su técnica ha consistido siempre en hacer participar al espectador (o hacerle creer que participa) en la solución de un conflicto planteado desde

el escenario. En el caso que nos ocupa, "El Seductor", estrenada recientemente en la Sala Casacuberta del Teatro Municipal San Martín, busca complicarnos en el dilema del protagonista, hombre maduro y atractivo, sinceramente enamorado de tres mujeres, cada una de las cuales representa un tipo diferente de amor: la esposa, el conyugal; la secretaria, el platónico; la amante, el carnal. La dificultad en la elección, prolongada

● TEATRO

a través de tres actos en los que menudean los parlamentos con el público, es tal, que finalmente decide intentar un experimento sin precedentes: ponerlas en contacto, despertar entre ellas un fuerte sentimiento de amistad y revelarles luego su propósito de convivir con las tres, ya que cada una representa una faceta imprescindible de su amor.

Como se advierte, el tema es falsamente polémico. Fabbri ha elaborado su pieza partiendo de una idea central alambicada y carente de hondura. La acción disfraza su pauperismo dramático en largas parrafadas seudofilosóficas. Todos decimos tonterías; lo malo es decir las solemnemente, advierte Montaigne. Y este es el pecado capital de Fabbri: "El Seductor" es, fundamentalmente, una pieza aburrida.

Eduardo Alberto Vega, el director, advirtiendo tal vez este hecho, ha procurado aligerarla imprimiéndole, en ocasiones, un ritmo farsesco. Otras veces, la hace orillar el drama para volver finalmente a la comedia. El resultado no es (no podía ser) halagüeño. Se puede sacar mucho jugo de obras aparentemente secas, pero no se puede hacer milagros. Y Vega no es un taumaturgo del teatro. En otras muestras suyas ("Europa y el Toro", por ejemplo) había mostrado esa proclividad a mezclar los géneros, que hoy anotamos como su defecto capital. Esta tendencia puede corregirla fácilmente, ya que es, sin duda, un director capaz.

José Cibrián, en el papel del seductor Eugenio, no da en ningún momento la sensación de estar enamorado y vivir un agudo conflicto íntimo. Suponemos que si alguien es capaz de amar sinceramente a tres mujeres de características tan disímiles, será a la manera latina, explosivamente, con desgarramiento. Cibrián parece un lord inglés en trance de formar un equipo de críquet. Y no es porque sea un mal actor, que lo es muy bueno, sino por defecto de marca-

ción. De las tres mujeres, Ana María Campoy en Vilma, el amor carnal, es la que está mejor. Discreta Violeta Antier en Norma, la esposa. En cuanto a Susana Freyra (Alina, el amor puro), cumple, una vez más, una actuación mediocre.

La escenografía de Luis Diego Pedreira, aunque correcta, carece de la relevancia a que nos tiene acostumbrados. ♦

LA PULGA EN LA OREJA

● JUAN CARLOS BRIE

UN divertido "vaudeville" de Georges Feydau ofrece en el Astral la compañía encabezada por Pepita Martín y Manuel de Sabatini.

La pieza está teatralmente bien concebida, con un segundo acto desopilante y tiene el mérito de no caer en la chabacanería o el mal gusto. Naturalmente que no dejamos de lamentar que Feydau haya malgastado tanto ingenio en algo tan trivial, pero lo indudable es que este tipo de producciones atrae a un considerable sector del público teatral.

La puesta en escena es obra de Juan Silbert. Es este el segundo trabajo para el teatro de este director de T.V. El primero, "Los Fantásticos", fue encomiablemente elogiado desde estas páginas. Esta nueva muestra no nos ha convencido tanto. El "vaudeville" es un género que se juega solo, sin aditamentos, dado que su gracia estriba en el equívoco y la justeza de las entradas y salidas. No hay, pues, necesidad de marcaciones exóticas, o de ridiculizar innecesariamente a los personajes.

La dirección presenta algunos altibajos, al extremo de que, por momentos, parece como si hubiera dos directores distintos. El difícil ajuste de entradas y salidas del segundo acto, por ejemplo, ha sido marcado con notable eficiencia. En cambio, cabe objetar la actuación de

algunos personajes, cuya marcación de gestos resulta absurda. En descargo de Silbert, diremos que no ha contado, salvo pocas excepciones, con artistas de categoría para jugar una pieza tan difícil como "La Pulga en la Oreja". A pesar de los reparos formulados, el balance es netamente favorable al director.

En cuanto a los actores, Osvaldo Pacheco en Camilo Chandebise cumple una labor extraordinaria. Hablar de sus excepcionales condiciones de intérprete es casi un lugar común. Desde su memorable creación de "El Enérgico Aquiles", hace ya siete años, Pacheco ha ido afirmándose como un mimo de excepción, de esos que aparecen de tanto en tanto. Junto a él actuó con inteligencia Andrea Ducasse en Antonieta y Fernando Cuny en el breve y logrado papel de Rugby.

Encomiable la actuación de Miriam van Wessen en Olimpia. Discreto Sabatini en su doble papel de Victor Chandebise y Pochi. Ricardo Lavié (Tournel), falto de matices, tropezó con una equivocada marcación. Deficientes Pepita Martín y Noemí Lasserre en Raimunda y Luciana, respectivamente. A Osvaldo Terranova que, nos consta, es un buen actor, la marcación le obligó a componer un italiano de sainete, impidiéndole todo lucimiento. Los demás, en un aceptable nivel de eficiencia, destacándose Fernando Chicharro en un gracioso Bautista.

La escenografía de Juan Mario Vasta es una fina y adecuada reducción al absurdo del estilo de la época.

Excelente el vestuario de Bergara Leumann, si exceptuamos el levitón colorado de Osvaldo Terranova. ♦

teatro para niños

• ELSA RISSO

"GLUB - GLOB"

QUIENES han seguido la notable labor que Ariel Allende viene cumpliendo año tras año desde el escenario del Smart, con la creación de espectáculos teatrales de verdadera calidad y jerarquía artística destinados al público infantil, se sentirán quizás algo decepcionados con la presentación de "Glub-Glob", no porque el trabajo de Allende en la dirección y puesta en escena sea menos meritorio, sino por la elección de dicha obra.

Hasta ahora las obras exhibidas se destacaban, entre otros muchos valores, por su adecuación a las características y necesidades tan peculiares del público al que iban dirigidas; y en ese sentido deben señalarse "Trifili-Trafala", "Pedro el Lobo", "El Zapatero y el Rey" y, so-

bre todo, "Josefina y el Ladrón", presentada en la temporada anterior, como puntos culminantes de dicha adecuación. En una obra teatral para niños es fundamental que el tipo de tema se adapte a las posibilidades de comprensión, intereses y gustos de los mismos, para que los pequeños puedan tener una participación activa en la creación de esa ficción elemental que se les ofrece, única forma de mantener despierto su interés durante las dos horas que abarca el espectáculo. Además es importante evitar el planteo de problemas abstractos, reduciendo el conflicto a elementos muy concretos que puedan traducirse, en la mayor medida posible, en términos de acción y movimiento. Si a estas condiciones se une el maravilloso clima poético de piezas, como por ejemplo "Jo-